

El susurro de Claudina Thévenet en mi vida

Marusa Delmar Albarrán

marusad@gmail.com

1. INTRODUCCIÓN

Me llamo Marusa Delmar Albarrán. Soy mexicana, tengo 34 años y toda mi vida estudié en el Instituto Mexicano Regina, que fue fundado hace 70 años por las religiosas de Jesús-María y que se localiza en una zona privilegiada de la ciudad de México, lugar en el que yo nací y en el que actualmente vivo. El paso de Claudina Thévenet en mi vida ha sido un paso tan sutil como imperceptible, sin embargo, su pisada en mi vida ha sido fuerte y penetrante, hasta lograr imprimir el sello del carisma de Jesús-María en lo más hondo de mi corazón. El silencio de Claudina, su capacidad de descubrir la “grandeza de las pequeñas cosas”, la atención por fijarse y transmitir en sus seguidoras el cuidado de los mínimos detalles, su manera de contagiarnos su fe en la bondad de Dios, la sencillez de su actitud, que se percibe a través del orden y el aseo, su capacidad de reconciliarse con su propia historia mediante la misericordia de Dios, y su espíritu de familia son características de Glady que me han invitado a transmitir su legado, y sobre todo, me han animado a contagiar su admiración por Dios y su necesidad de “Hacer, conocer y amar a Jesús y a María”.

He tenido el privilegio de conocer a las religiosas de Jesús-María, quienes me transmitieron el amor de Dios a través del carisma de Claudina, de quien ahora soy una gran admiradora y fiel seguidora. Mi cariño hacia ellas me ha llevado a querer conocer cada vez más la historia de Claudina Thévenet, su espiritualidad, pedagogía y carisma, por lo que, aunque no soy una experta en el tema, me he dado a la tarea de tratar de imitar su actitud ante la vida y de compartir su historia a mis alumnas del Colegio Regina, a mis familiares y seres queridos.

He tenido la gran oportunidad también, de conocer diferentes casas y escuelas de las Religiosas de Jesús-María, donde he tenido la experiencia del espíritu de familia del que tanto se habla. Me sentí en mi casa, y además, pude ver y vivir el carisma que se respira en cualquier lugar donde se encuentran las Religiosas. Siempre llenas de detalles, pero sencillas, siempre con flores en las capillas, con comida rica, pues son Madres que se comportan como verdaderas madres. En cualquier lugar donde ellas viven, siempre se encuentra un rincón al aire libre que invita a la contemplación, a la reflexión y a vivir un momento íntimo con Dios.

Cuando me mandaron la invitación para colaborar en esta publicación con motivo del festejo del bicentenario de la Congregación de Jesús-María, me sentí profundamente halagada y emocionada. La invitación que se me hizo de escribir un pequeño texto que reflejara mi manera concreta de vivir la vocación cristiana como laica que la vida de Claudina me ha inspirado, es tan especial para mí, que, el día de mi cumpleaños, mi papá me regaló, enmarcada, la carta que recibí, desde Roma, de la Secretaría General de las Religiosas de Jesús-María. Son tantos los sentimientos que he experimentado al recordar mi historia con Claudina, que me ha costado mucho trabajo escribir y hacer una reflexión sobre el impacto que ella ha tenido en mi vida. Debo confesar que dejé pasar mucho tiempo sin escribir nada porque me parece difícil expresar en unas cuantas palabras toda una experiencia de vida. Sin embargo, cuando vuelvo a recibir la invitación, recordé el ejemplo de Claudina, que fue insistente, perseverante y que siempre dio como respuesta un SÍ, por lo que no pude negarme y me decidí a escribir lo que nazca de mi corazón.

Así que comienzo a redactar estas páginas observando la famosa imagen de Claudina con las dos huérfanas, pues me identifico con las 3 mujeres de la imagen: Claudina como madre, que, con cariño envuelve con sus brazos a dos niñas para protegerlas: una mayor, que a su vez abraza y protege a una niña menor, quien, también a su vez, toma la mano de Claudina mientras la mira hacia arriba, encontrándose con su tierna mirada de madre. Quizá por esto, con esta imagen frente a mí, decidí dividir mi experiencia en 3 etapas. La de la niña: mi infancia y experiencia como alumna de Jesús-María; la de la joven: mi juventud como ex-alumna de Jesús-María y como profesionalista, y la de la mujer adulta: mi experiencia como madre y maestra en Jesús-María.

2. DESARROLLO

Observando la imagen de Claudina Thévenet abrazando a las dos niñas, me es imposible dejar de percibir un círculo de amor y protección. A lo largo de mi vida, he tenido la oportunidad de identificarme con las 3 mujeres de la imagen. Primero, con una niña buena, indefensa, inocente, siempre buscando la aprobación de los adultos. Después, me identifico con la imagen de una hermana mayor, adolescente, siempre copiando y repitiendo el patrón del adulto, asumiendo responsabilidades que no me correspondían e intentando educar o dar un ejemplo a mi hermana pequeña. Y por último, me identifico hoy con una madre con una profunda necesidad de cuidar, proteger, enseñar y llenar de amor a mis hijos, a mis alumnas y a cualquier persona que pueda necesitar algo de mí.

- *La niña: mi infancia y experiencia como alumna de Jesús-María*

Conocí a Claudina desde niña, su historia y su vida, como un cuento con imágenes y una moraleja de bondad, amor y perdón. Al pasar de los años, mientras fui creciendo y viviendo distintas experiencias de dolor en mi familia y en mi despertar de niña a mujer, fui logrando entender ese cuento y esa moraleja, y los fui haciendo parte de mi vida. Primero, aprendí a contactar con el dolor, ya que mis padres se separaron en dos ocasiones. La primera, cuando yo tenía 8 años. En ese tiempo, era tal mi miedo de ser rechazada por mis compañeras del colegio, que decidí callar y no externar a nadie mi dolor; oculté la separación y me dediqué a mentir para que nadie se diera cuenta de la situación que vivía en mi casa. Mi mejor relación siempre fue con los adultos, mis maestras, mis tías o con cualquier persona con quien yo me sintiera protegida o comprendida, porque podía externar mi situación familiar sin sentirme juzgada.

No es, entonces, coincidencia, sino *diosidencia* (como yo suelo decir) que el día que me animé a contarle a una amiga la verdad sobre mi situación familiar, fue precisamente el día de la canonización de Claudina el 21 de marzo de 1993. Ese día, las Religiosas de Jesús María habían organizado una misa en la Basílica de Guadalupe en la Ciudad de México para celebrar la canonización. Al ver una imagen de Claudina que mi amiga tenía en su cuarto con motivo de la canonización, tomé una respiración profunda, y, por primera vez, tuve un acercamiento con Gladys, momento en el cual le pedí fuerza y valentía para aceptar ante los demás, y ante mí, que en mi corazón había dolor y rencor. Ese día aprendí a aceptar mi realidad y a perdonar; a perdonarme a mí, a mis padres y a las circunstancias. Así comenzó un proceso de reconciliación conmigo misma y con mi propia historia, que duró muchos años.

Después de un año y medio, mis papás volvieron a estar juntos, y permanecieron unidos 5 años, tiempo en el cual recuerdo que siempre viví con miedo de volver a sufrir, a volver a callar, a sentirme rechazada o abandonada.

Al entrar en la adolescencia, a mis 13 años de edad, mis papás volvieron a separarse. Esta etapa fue muy dolorosa para mí: fue una etapa de cambios que significaron pérdidas importantes y duelos, pero también fue una etapa en la que comencé a establecer verdaderas relaciones de amistad. Busqué identificarme con mis pares, busqué mi identidad a través del reconocimiento de los demás. Fue una edad en la cual dejé de ser la niña de la imagen (Claudina con las dos huérfanas), y comencé a convertirme en una adolescente que sufre por

el simple hecho de ser adolescente; sin embargo, es aquí donde empecé a experimentar a Dios en mi vida.

En aquella época tuve la oportunidad de irme de misiones y contactar con el dolor ajeno, con la pobreza, con la necesidad de conocer a Dios. En esa etapa de mi vida, comienza el profundo deseo de transmitir el amor de Dios a las demás personas. Busco compensar mi dolor de adolescente con la alegría de entregarme a los demás. En aquella primera experiencia misionera estuve acompañada por una Religiosa de Jesús María, quien me abrió los ojos del corazón. Fue ahí donde empecé a interesarme por la historia de Claudina. Esa primera experiencia me llevó a seguir participando durante muchos años en misiones; también me integré al Movimiento Eucarístico Juvenil (MEJ) y participé en todos los eventos organizados por las madres. La necesidad que algún día sentí de contagiar el amor por la congregación nunca me dejó en paz, por lo que me surge la necesidad de hacer algo, aunque no sabía qué. Convoqué a mis amigas del Regina, con las que compartía la misma inquietud, para que, cuando nos graduáramos del colegio, pudiéramos seguir formando parte de la Congregación. Así surgió un grupo al que llamamos “Amigas de Jesús María”: nos juntábamos un día de la semana en las tardes simplemente a hacer oración, a cantar las canciones que las religiosas nos enseñaron, y a compartir la vida en comunión con Dios. En esas reuniones hubo momentos increíbles, reflexiones y oraciones íntimas que compartíamos mis amigas y yo, dejando a un lado nuestros prejuicios, etiquetas y, sobre todo, haciendo a un lado nuestra vida cotidiana para hacernos un espacio de convivencia con Jesús.

Tiempo después de reunirnos por algunos años, supe que Claudina también comenzó su proyecto así: reuniéndose con sus amigas, compartiendo inquietudes y, sobre todo, la necesidad de hacer algo por los demás. Es ahí donde me di cuenta, que, a pesar de que Claudina y yo somos personas completamente distintas, tenemos algo en común: un gran amor por Jesús y la necesidad de “Hacer conocer y amar a Jesús y a María” con nuestra propia vida. Así comenzó mi vida como laica comprometida con la iglesia, ya fuera del colegio Regina.

- *La joven: mi juventud como ex-alumna de Jesús-María y como profesionalista*

Ingreso a estudiar la licenciatura en Psicología en la Universidad Iberoamericana, en donde conozco a los Jesuitas y comienzo a comprender mejor la profunda admiración que tenía Claudina por San Ignacio de Loyola. En esta etapa de mi vida, tengo la oportunidad de estudiar una carrera que me permite tener prácticas y vivir experiencias de entrega a los demás. Trabajando con personas de distintas edades y necesidades, en un país golpeado por la

pobreza, la injusticia, la violencia, la marginación, la desigualdad, la corrupción. Hago prácticas con niños necesitados de amor, adolescentes inmersos en una enorme violencia, ancianos abandonados por sus familiares, delincuentes encerrados en cárceles, necesitados de perdón y reconciliación, enfermos mentales aislados de la sociedad. Hago mi servicio social un semestre en Nueva York, en donde tengo la oportunidad de trabajar con migrantes latinos que han vivido el despojo de lo suyo, la pérdida de su libertad, la discriminación y han sido víctimas de injusticia y desigualdad.

Al regresar a México, me siento comprometida por hacer algo por la gente de mi país. Comienzo a trabajar en el sector público, posteriormente, en fundaciones dedicadas a los más necesitados; sin embargo, a pesar de que yo sabía que estaba trabajando con gente necesitada de ese amor y perdón de los cuales tanto nos ha enseñado Claudina, comienzo a darme cuenta de que, al yo ser una mujer privilegiada, nacida en un medio socioeconómico alto, por más que intenté ser empática con las personas con quienes trabajaba, no era suficiente, pues esa realidad de pobreza y marginación, era en absoluto parecida a mi realidad. Por eso, después de recibir muchas invitaciones para trabajar en Jesús María, específicamente en el Colegio Regina, regresé a mi colegio a ofrecer mis servicios como maestra y psicóloga, convencida de que mi entorno social también es un entorno muy necesitado, si no económicamente, sí necesitado de valores, necesitado de amor y necesitado de Dios. Me quedaba claro que era justamente en ese ambiente, con personas que pueden influir en las decisiones más importantes en beneficio de los mexicanos más marginados, en donde yo podía desenvolverme y seguir uno de los ejemplos que la vida de Claudina me ha inculcado a la fecha. Por lo tanto, además de ocupar distintos puestos en el Colegio, como responsable o coordinadora de tercero de secundaria, y posteriormente como orientadora (psicóloga) de toda la sección, desde que ingresé a trabajar al colegio, siempre he dado clases de Educación en la Fe. Materia la cual disfruto mucho, porque me da la oportunidad de crear espacios de encuentro con Dios para las alumnas, y por la cual me siento privilegiada, ya que hablar de Dios en mi país es libre y gratis.

- *La mujer adulta: mi experiencia como madre y maestra en Jesús-María.*

Trabajar como maestra en Jesús-María ha sido un privilegio, ya que me ofrece mucho más de lo que yo puedo dar. He tenido la oportunidad de conocer a increíbles personas, la oportunidad de crecer en mi Fe, de acercarme más a Dios, de conocer mejor el carisma de Jesús-María, y de regresarles a mis queridas religiosas un poco del amor que yo tanto he recibido de ellas. Compartir la experiencia de Dios a mis alumnas de secundaria, y propiciar espacios para que ellas mismas tengan esta experiencia ha sido muy gratificante. Tener la

oportunidad de asistir a retiros, de celebrar con misas, de festejar 200 años, es algo que me llena de orgullo y que me invita a repetir las palabras de Claudina: “Qué Bueno es Dios”.

Durante esta etapa adulta, he logrado realizarme como profesionista, pero, sobre todo, como mujer y madre. Hace cinco años, me casé con un hombre bueno, que me recuerda todos los días que “la caridad y el amor deben ser la pupila de mis ojos”.

Hace apenas tres años, me convertí en madre; primero, de un niño que llenó de alegría toda mi casa y mi familia, y después, de una niña de ojos grandes, que me conecta con mi feminidad. Ser madre ha sido toda una aventura y experiencia de amor. Por fin he logrado entender esa faceta de Claudina, para mí antes desconocida, en la cual se cierra el círculo de amor de la imagen de Claudina con las dos huérfanas que ha inspirado estas palabras. Ser madre de las alumnas es algo difícil de entender, sin antes experimentar el gran amor que esto implica.

En mi historia, he tenido un gran ejemplo del amor que conlleva ser padre. Primero, gracias a mis papás, que a pesar de las dificultades siempre me han mostrado el rostro del amor de Dios Padre: siempre presentes, siempre velando por mi bienestar y el de mis hermanos, siempre unidos en la educación de sus hijos, a pesar de su separación como pareja. Siempre desbordando amor a sus hijos, educando desde el corazón y comprometidos con su rol de padres. Después, el ejemplo de las Religiosas de Jesús-María, a quienes en México les llamamos “Madres”, ya que se han dedicado a querernos y educarnos con “suavidad y firmeza”, como verdaderas mamás, como Claudina lo soñó. Y, al final, pero no menos importante, he experimentado el amor infinito de Dios Padre y la protección y ejemplo de María, a quien no hace falta entenderla ni cuestionarla, simplemente contemplarla para poder experimentar el amor más profundo de ser madre.

Con estos tres ejemplos, quiero educar a mis hijos y a mis alumnas, por quienes siento una gran responsabilidad de seguir creciendo en el amor y estar comprometida con Claudina a “Hacer conocer y amar a Jesús y a María”.

Hablar a mis alumnas desde mi propia vida, dando ejemplos concretos de situaciones que he experimentado, experiencias tanto positivas como negativas que he vivido, siendo empática con sus historias, es la forma en la cual he aprendido a dar el testimonio de la Bondad de Dios que Claudina tanto predicó. Esa bondad que aún no entiendo cómo descubrió en medio de tanta desolación, y que hoy me invita a darme cuenta que no importa el contexto que vivamos, siempre hay un momento en el espacio para sentir y experimentar la bondad y la misericordia de Dios.

En mi última reunión con motivo del Bicentenario, después de que las ponentes contextualizaron la vida de Claudina y la compararon con nuestro tiempo, en pleno siglo XXI, me surgió la inquietud de preguntarle a Claudina: ¿qué hubiera hecho ella si, en lugar de pobreza y violencia, donde no quedaba más que dar esperanza y consuelo, se hubiera encontrado en un contexto de personas vacías, materialistas, que sienten que no necesitan nada, y, por lo mismo, no sienten la necesidad de conocer a Dios? ¿Cómo darlo a conocer y cómo crear la necesidad si las personas que me rodean creen que lo tienen y lo conocen todo? Estas preguntas que hoy me hago me invitan a descubrir un nuevo modo de atender a los que para mí, son los más necesitados: los que sienten que no necesitan nada.

¿Qué sería de mí, si Claudina no hubiera dicho SI a construir “una empresa loca y presuntuosa”?, no lo sé, pero seguramente no sería yo quien escribiría este pequeño relato de experiencias de amor, bondad y perdón.

Agradezco profundamente a Claudina, por haberme mostrado el rostro bueno de Dios, y así repito junto con ella el lema de nuestra Congregación:

¡Sean por Siempre Alabados Jesús y María!